

## CON MOTIVO DEL 10 DE OCTUBRE

Ibrahim Hidalgo Paz

El inicio de la guerra contra el colonialismo español, el 10 de Octubre de 1868, actuó como un detonante de los mejores sentimientos del adolescente José Martí, formado en el patriotismo de raigambre independentista y abolicionista, lo que puede constatar en sus primeros textos de contenido político conocidos: el artículo en el único número de *El Diablo Cojuelo*; “*Abdala*”, publicado en *La Patria Libre*, y el soneto “ 10 de Octubre!”, en el periódico manuscrito *El Siboney*.

No le fue posible incorporarse al Ejército Libertador, pero el adolescente se hizo hombre en el combate con las armas de las ideas. Cada polémica era un campo de batalla, la imprenta devino peculiar artillería, cada página cargada de argumentos era un proyectil dirigido a abatir al contrario. El desarrollo de la contienda armada, en los campos de Cuba, fue para él objeto de estudio, afanado en exaltar la memoria heroica, y en comprender las causas que impidieron el triunfo, a pesar de la disposición de hombres y mujeres al sacrificio por la patria, y del talento militar adquirido en el bregar combativo.

Martí vivía en un país sometido durante tres siglos por una potencia colonial que había impuesto estructuras sociales y políticas excluyentes y discriminatorias, sustentado en el trabajo esclavo, contra las cuales se alzó el pueblo cubano, decidido a liberarse del dominio ibérico, pero: "Grandes males hubo que lamentar en la pasada guerra. Apasionadas lecturas, e inevitables inexperiencias,

trastornaron la mente y extraviaron la mano de los héroes." Visto el proceso de conjunto, estimó como el elemento decisivo que contribuyó al fracaso de aquel intento, el centro de todos los errores, la falta de *unidad* de las fuerzas disímiles que, sin embargo, coincidían en el propósito de alcanzar la independencia y abolir la esclavitud.

El joven patriota no eludía el estudio de las contradicciones internas, los enfrentamientos en el seno del proceso revolucionario, lo que muestra su información sobre las causas conducentes al final de la contienda, así como la profundidad con que valoraba estas tensiones políticas, confiado en que su estudio podría "enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos." El conocimiento del pasado constituía, para él, una fuente de saber imprescindible para encauzar las vías hacia el futuro.

No hay en Martí una visión idílica del proceso iniciado en octubre de 1868. Develó las bases económicas de actitudes vergonzosas de quienes prefirieron "salvar la vida y proteger el crecimiento del caudal", sobre todo en el occidente de la Isla, donde "con la mayor seguridad de la producción fue en beneficio suyo", de aquellos dueños de riquezas, incrementadas a costa del sufrimiento de las grandes mayorías sometidas al régimen colonial. Los continuadores de esta política, al término de la contienda, habían "convertido hoy en cuestión de finanzas azucareras todas las graves cuestiones de la Isla". Dulce sustento para la falta de conciencia patriótica, sustituida por su "financiera manera de pensar".

No pretendía atribuir todos los errores y deficiencias del proceso a los acaudalados, pues sólo enjuiciaba al sector de estos que sirvió al desgobierno colonial, marcado con palabras quemantes; pero a la vez sitúa en su lugar histórico a quienes abandonaron sus fortunas, liberaron a sus esclavos y se lanzaron contra el poder ibérico: "¡y esto fue lo singular y sublime de la guerra en Cuba: que los ricos, que en todas partes se le oponen, en Cuba la hicieron!"

Los sustentadores del régimen colonial se hallaban encabezados por la burguesía industrial azucarera, formada por grandes propietarios españoles y cubanos, unidos entre sí por los negocios y, además, por nexos familiares que contribuían a la formación de una oligarquía reaccionaria, contraria a todo cambio que no le resultara beneficiosa, ostentosa de sus blasones —muchos de ellos adquiridos como una transacción comercial—, despectiva ante los que consideraban inferiores, profundamente racista y decidida a mantener la esclavitud, considerada como imprescindible para su sostenimiento, a pesar de las advertencias de los más preclaros entre ellos.

No obstante, es desacertado considerar los intereses materiales los únicos que contribuyen al desarrollo histórico; como también reducir las personalidades a un denominador común, con la consiguiente desaparición de los individuos, inmersos en sectores, clases o al indeterminado concepto de *masas*. Las acciones humanas están motivadas, además, por representaciones y fines en los cuales los integrantes de los grupos humanos coinciden total o parcialmente, y en determinadas circunstancias encuentran aspectos esenciales compartidos por la generalidad de sus integrantes. Esto ocurrió con quienes encabezaron la conspiración culminada

el 10 de Octubre de 1868, pues formaban parte, en su mayoría, de una vanguardia ilustrada imbuida por los principios de la Revolución Francesa, de las luchas independentistas de los países que formaban nuestro continente, de las ideas liberales más avanzadas. Eran en su mayor parte abogados, propietarios de bienes en las ciudades y los campos, y entre ellos figuraban hacendados como Francisco Vicente Aguilera, uno de los más adinerados de todo el oriente del país, quien presidió el Comité Revolucionario radicado en Bayamo, formado además por Pedro *Perucho* Figueredo y Francisco Maceo Osorio, con ramificaciones en toda la región, particularmente en Manzanillo, cerca de la cual tenía su ingenio Carlos Manuel de Céspedes.

Eran personalidades recias, hombres formados en un medio en el cual sus opiniones eran consideradas en los momentos de toma de decisiones. Pero cuando se lanzaron a la conquista de la libertad, carecían de formación militar suficiente ante un contrincante muy bien preparado. Deben abandonarse las visiones unilaterales, con desmedro de nuestros patriotas, cuya actuación se presenta en ocasiones como una sucesión de victorias ante un enemigo poco menos que torpe o ignorante. Nada más alejado de la realidad, pues los mandos del ejército colonial español, y la gran mayoría de la tropa, habían acumulado las experiencias de las guerras de independencia en América y en territorio ibérico, y se valían de lo que hoy denominamos cuerpos de inteligencia, así como del pago de espías y traidores, aunque estos últimos no se mencionan en los relatos inmaculados, deleznable forma de presentar el pasado patrio libre de contradicciones y bajezas. Estas

existieron, y la grandeza de aquellos hombres estuvo en afrontarlas, combatirlas, superarlas y mantenerse firmes en sus principios y objetivos.

En el crisol de la contienda se fundieron seres humanos provenientes de diversos sectores de la sociedad. Ya no eran sólo las ideas y la creación artística de la élite intelectual desplegadas desde inicios del siglo XIX, sino, unidas a estas como un patrimonio común, las manifestaciones populares durante la Guerra de los Diez Años, síntesis que llega hasta nuestros días.

Deben resaltarse los diversos aportes de la década heroica, porque en ocasiones se destaca solamente el enfrentamiento al Pacto del Zanjón con la actitud decidida y el patriotismo intransigente del general Antonio Maceo en la Protesta de Baraguá, ejemplo calificado por el Apóstol como “de lo más glorioso de nuestra Historia”. Sin dudas, el hecho se inscribe en nuestro legado como el símbolo de un momento de ruptura con las posiciones vacilantes, con el desprecio a la capacidad del pueblo para resistir la adversidad y trazar su propio rumbo, pues se reveló el ascenso de nuevas fuerzas sociales en la sociedad cubana, de origen popular, cuyos intereses serían defendidos a la vez que se continuaría el enfrentamiento al dominio colonial e imperial, la búsqueda de la independencia, la abolición de la esclavitud. La justicia social entró desde entonces, con toda nitidez, en el programa revolucionario.

Se habían formado, durante la década heroica, tradiciones patrióticas que apuntaban hacia la consolidación de la unidad nacional, a las que se podía recurrir como referente histórico. Se generalizó la confianza en las propias fuerzas y la capacidad del cubano para enfrentarse al poder colonial, tras la experiencia política

de la República en armas, primera experiencia democrática en la que los pobladores de las regiones liberadas se sintieron ciudadanos, con deberes y derechos amparados por la Constitución, la cual, a pesar de los altibajos legales del tema, reconoció la igualdad esencial de todos hombres y mujeres, sin distinciones por las diversas pigmentaciones de la piel, ya fueran libres o esclavos liberados.

En la conmemoración del 10 de Octubre de 1868, fecha fundadora de nuestra nación, repitamos con el Apóstol: “aquellos fueron tiempos maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que [...] aparece la guerra, que [...] consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria.”